

Ecós del pasado: los moluscos arqueológicos de México

Lourdes Suárez Díez y Adrián Velázquez Castro
Coordinadores



COLECCIÓN CIENTÍFICA

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

ECOS DEL PASADO:
LOS MOLUSCOS ARQUEOLÓGICOS
DE MÉXICO

Lourdes Suárez Díez
Adrián Velázquez Castro
Coordinadores

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Ecós del pasado: los moluscos arqueológicos de México / coordinadores Lourdes Suárez Díez, Adrián Velázquez Castro. – México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2010.

402 p.: fotos, il.; 26 cm. – (Colección Científica; 572. Serie Etnohistoria)

ISBN: 978-607-484-155-8

1. Conchas (en religión, folklore, etc.) – México – Ensayos. 2. Conchas, objetos de – México – Ensayos. 3. Conchas fósiles – México – Ensayos. I. Suárez Díez, María de Lourdes, coord. II. Velázquez Castro, Adrián, coord. III. t.: Los moluscos arqueológicos de México. IV. Serie.

LC: F1219.3 / S53 / E26

Primera edición: 2010

D.R. © Instituto Nacional de Antropología e Historia
Córdoba 45, Col. Roma, C.P. 06700, México, D.F.
sub_fomento.cncpbs@inah.gob.mx

ISBN: 978-607-484-155-8

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de esta edición.

Impreso y hecho en México.

LA CONTINUIDAD DEL USO DE LA ROPA ENCONCHADA EN EL OCCIDENTE Y EL NOROESTE DE MESOAMÉRICA Y EN EL SUROESTE DE ESTADOS UNIDOS: POSIBLES SIGNIFICADOS E IMPLICACIONES

Enriqueta M. Olguín*

La importancia de los objetos arqueológicos de concha se suele soslayar, sobre todo cuando son poco conocidos o carecen de espectacularidad. El objetivo del presente texto es precisamente mostrar cómo las piezas elaboradas en dicho material ayudan a interpretar y a interrelacionar los contextos arqueológicos de varios sitios que se ubican en el centro norte, el noroeste y el occidente mesoamericanos, de la misma manera que lo hacen la cerámica y la lítica, elementos que la mayoría de los arqueólogos prefiere estudiar para explicarse el pasado de las distintas sociedades prehispánicas y las relaciones culturales que mediaron entre ellas.

Es necesario precisar que este texto presta especial atención a los objetos de concha que se asocian o que se presume se asociaron a prendas de ropa, y vale la pena destacar que en los sitios que se comparan hay más piezas arqueológicas de concha que son comunes a todos ellos,¹ sin embargo, dado el espacio con el que se cuenta, no se hablará de estos últimos. Las prendas mencionadas se denominarán aquí, de manera genérica, ropa encon-

chada, concepto definido como la agrupación de objetos de concha que conforman un entramado que tuvo como función específica cubrir alguna parte del cuerpo, incluyendo la cabeza, a la manera de un textil o diadema, o bien aquellas telas o pieles con las que se confeccionaron ropas que tuvieron la misma función, pero que se decoraron adhiriendo de alguna manera objetos de concha (cosiendo o pegando estas piezas).

Los primeros objetos de concha que analicé y que han dado la pauta para realizar comparaciones entre ellos y otros objetos de concha que proceden de varios sitios arqueológicos, son los que constituyen la colección que se recuperó durante las excavaciones que se realizaron en el Cerro del Huistle, Huejuquilla el Alto, Jalisco.

El Cerro del Huistle está localizado en el límite del llano de Huejuquilla el Alto, Jalisco, en la barranca del río Chapalagana (Hers, 1979: 55), en una latitud de 22° 37' y 40" aproximadamente, y en una longitud de 103° 56', con una altura sobre su base de 80 m y de 1 780 msnm; ofrecía, antes de excavar, una superficie cultivable, plana, de 200 x 75 m, provista únicamente de un acceso visible y de otro que no lo es tanto, ni tan fácil de subir, pues el contorno del cerro está coronado en la cima por un borde de rocas lisas redondeadas que imposibilitan la existencia de más accesos. Este patrón natural le da al sitio un carácter

* Investigadora del Instituto de Artes de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

Los detalles se registraron por tipo clasificatorio en otros lugares (Manzo, 1983; Agón, 1991a).

defensivo, el mismo que se presenta en otro sitio arqueológico huejuquillense, el Cerro de Barrabás, y en varios otros de la región (Hers, 1975-76: 291-292; 1989: 56-58).

El Cerro del Huistle es un sitio arqueológico que la Misión Arqueológica Belga en Mé-

xico trabajó como parte de un proyecto integral que se inició en 1973 (Hers, 1976-1978: s.n.f.), en la Sierra del Nayar (figura 1), posteriormente dicho sitio se excavó de manera muy intensa. El material de concha que procede de ese sitio y que clasificó y estudió quien

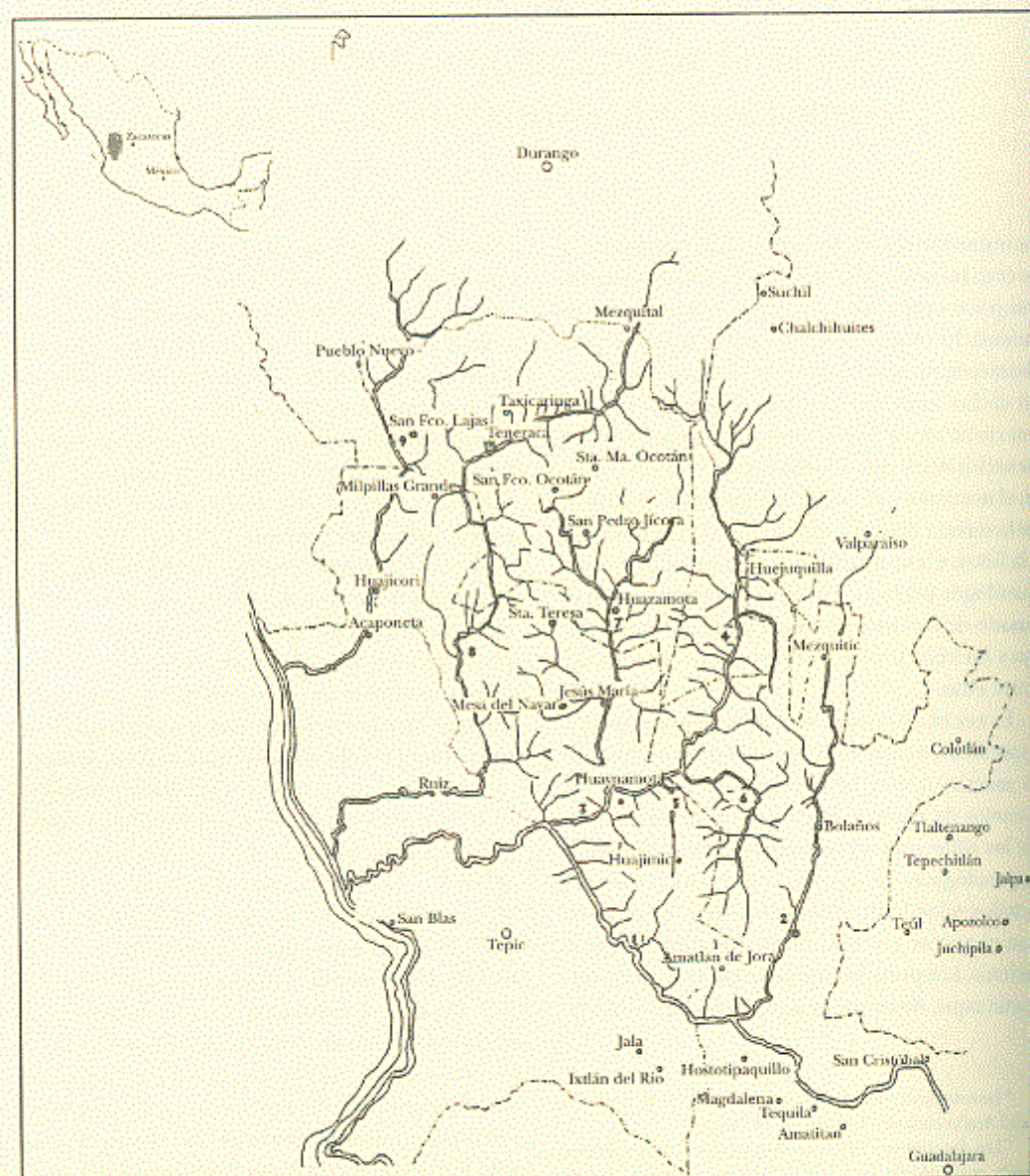


Figura 1. Ubicación de la Sierra del Nayar (tomado de Plat, 1971; lám. 1; Manzo, 2002: mapa 3).

esto escribe, se recuperó en las excavaciones que se hicieron en 1979 y 1981. El lugar se ubica muy cerca del poblado moderno de Huejuquilla el Alto, Jalisco (Hers, 1978; 1979; 1981).

En la década de los años treinta del siglo XX, Ralph Beals (1933: 36), sostuvo la hipótesis según la cual el origen de los toltecas se encontraba en el noroeste de Mesoamérica. Para ello consideró, por una parte, el análisis arqueológico de varios objetos y por otra el análisis etnohistórico de los diferentes grupos cahitas (Beals, 1943). Posteriormente, en los años ochenta, Marie-Areti Hers (1989: 44-45, 183-184, 193-197; 1993: 6; 1995: 237) defendió parte de esta hipótesis y afirmó que a la postre, en la cultura chalchihuites se encuentran los orígenes de los toltecas, descendientes de teotihuacanos que, en tanto sedentarios mesoamericanos del Clásico, se desplazaron hacia el norte y noroeste de Mesoamérica, hasta alcanzar los límites con Aridoamérica en varios intentos de colonización. Hers sostiene su hipótesis atendiendo a la cerámica, la escultura, la iconografía y la arquitectura del Cerro del Huistle, sitio arqueológico que se encuentra en el piemonte oriental de la Sierra del Nayar.

Marie-Areti Hers considera que el Cerro del Huistle formó parte del área geográfica y cultural de chalchihuites. Esta área comprende un amplio territorio fronterizo, que reúne partes de lo que se ha denominado noroeste y occidente de Mesoamérica (Hers, 1995: 227).² Debido a ese carácter fronterizo la región propició una gran diversidad regional de la misma cultura en diferentes localidades. Marie-Areti Hers afirma que la cultura chalchihuites se caracteriza arqueológica e históricamente por conjuntar "modos de vida muy distintos, desde

la pequeña banda de cazadores recolectores hasta el centro urbano" (Hers, 1993: 5; Weigand y García, 1995: 12-13).

El mosaico de culturas arqueológicas regionales que unificó la cultura chalchihuites se inició hacia 200 d.C., y se desintegró hacia 900 d.C., provocando una gran fragmentación y separación sociocultural y demográfica, lo que pudo afectar, en opinión de Celia García y Phil Weigand (1995), y que afectó, según Marie-Areti Hers (1993), el corazón de Mesoamérica.

En el noroeste, hacia 900 d.C., durante el Posclásico temprano, se desarrolló el complejo Aztatlán, mientras que en el Posclásico tardío y en la época del contacto la fractura múltiples de la cultura chalchihuites se tradujeron en la interacción de grupos de muy diversas características en el centro noroeste de la frontera norte de Mesoamérica, como concluye Wilfrido Ibarra en su resumen sobre las etnias que habitaban Sinaloa en el momento del contacto (Ibarra, 1991: 33-36).

Los habitantes del Cerro del Huistle eran, a principios de la era cristiana (0-750 d.C.) (Hers, 1989: 49, 58, nota 3, 60, fig. 3), agricultores sedentarios que construyeron plazas hundidas rodeadas de salas hipóstilas que se sostenían sobre plataformas; las plataformas soportaban, a su vez, templos cuyas fachadas lucían como trofeos craneos y otras partes corporales (caderas, brazos y manos) de enemigos muertos en batalla o capturados y sacrificados; los huistleños practicaban la deformación craneana; utilizaban cerámica con decoración negativa, y objetos decorados al seco y al *pseudocloisonné*; contaban con juegos de pelota; utilizaban esculturas, antecedentes de aquellas que luego se denominaron *chacmools* y empleaban cascabeles de cobre. La población prehispánica del Cerro del Huistle no dejó huella alguna de un desarrollo local paulatino, sino que llegó a la cúspide de ese cerro y a las de otros como el resultado de una migración procedente de los valles centrales de México, que conservó nexos con la cultura

² Al considerar el material arqueológico que permite hacer estas afirmaciones no es posible aceptar la verificación que hace Neurath (1998: 34), según la cual la Sierra del Nayar es parte del occidente de Mesoamérica.

chupícuaro, con la costa pacífica (Hers, 1992: 105; 1995: 239-246) —como evidencia el material conchiliónico que se encontró en el Huistle, y con la tradición de tumbas de tiro del occidente de Mesoamérica.

La interpretación más general, de Marie-Areti Hers, es que los portadores de la cultura tolteca-chichimeca del Posclásico del centro de Mesoamérica se gestaron en el noroeste mesoamericano y más específicamente en el terreno serrano que alguna vez ocupó la cultura chalchihuites. Desde ahí, agrega Hers (1989: 160-190), los toltecas-chichimecas se expandieron hacia las actuales zonas arqueológicas de La Quemada, Tula y Chichén Itzá. Sin embargo, aun considerando y aceptando la hipótesis de Marie-Areti Hers sobre esta interacción del noroeste con el centro de Mesoamérica, queda por entender: ¿qué sucedió con los herederos de la cultura chalchihuites que por una u otra razón permanecieron en el noroeste?, ¿se dispersaron esos herederos por toda la costa y la altiplanicie de los actuales estados de Nayarit, Sinaloa, Durango y tal vez Sonora, hasta el territorio de lo que es actualmente el suroeste de Estados Unidos?, ¿cómo se expandieron hacia el norte, a través de la Sierra Madre Occidental, hasta alcanzar las porciones zacatecanas y duranguenses de esa cadena montañosa?, ¿esos herederos que se dirigieron al Altiplano Central, recordaron su ancestral relación con los antiguos habitantes de Teuchitlán?, y finalmente queda también por entender ¿cuál fue la variedad étnica, las relaciones culturales, sociales, políticas e interétnicas que mediaron entre los miembros de la cultura chalchihuites y sus herederos con los pueblos de la costa pacífica desde el principio de la era cristiana hasta el momento del contacto?

La solución a estos problemas depende, por una parte, de la información histórica de la época del contacto y, por otra, de los trabajos arqueológicos que se han realizado en las regiones geográficas y culturales citadas, incluyendo por supuesto materiales como el que aquí se estudia.

LA ROPA ENCONCHADA DEL CERRO DEL HUISTLE Y SU CONTINUIDAD

Existe escasa información histórica de la época colonial sobre el uso de vestimentas de concha en la etnografía de los grupos humanos que habitaron el entorno del Cerro del Huistle y otras regiones geográficas allende él.

Ya en trabajos anteriores (Manzo, 1983; Olguín 1993a, 1994, 2001, 2002; 2004a), se revisaron las fuentes coloniales y etnográficas que permitieron sugerir varias interpretaciones sobre los materiales arqueológicos de concha que se recuperaron en el Cerro del Huistle, considerando la diversidad lingüística y los reacomodos de la población indígena que pudieron acontecer durante la época prehispánica y durante el avance hispano hacia el norte y el noroeste.

Tal revisión histórica permite observar, a partir del Cerro del Huistle —sin asumir que ahí se originó el uso de ropa enconchada—, el empleo de tales prendas hechas de tela o piel, lo que se observa en los distintos puntos cardinales.

Hacia el noroeste y hacia el norte del Cerro del Huistle pueden rastrearse dos direcciones o rutas de esa continuidad, una dentro de la Sierra Madre Occidental y otra en la costa y la altiplanicie de los actuales estados de Nayarit, Sinaloa, Durango, parte de Sonora y aun en Baja California, contando con evidencias arqueológicas y con información histórica.

En la sierra, el uso más intenso de la ropa enconchada en el Cerro del Huistle se fecha hacia 0-300 d.C., luego se vuelve a encontrar, como atavío de los jefes guerreros chinipas en la primera mitad del siglo XVII, antes de 1645 (Pérez de Rivas, 1645: 10, 226) y, posteriormente, en los textiles que se le ofrendaban a los restos del Gran Nayarit en el siglo XVIII, en la Mesa del Nayar, en 1722 (Ortega, 1887: 12; Mota Padilla, 1871: 483-484; Moreno de los Arcos, 1985: 86-87; Olguín, 2004a).³

³ Es necesario apuntar que en la publicación citada hay un grave error cuando se afirma que el algodón es una fibra de origen europeo (Olguín, 2004a: 95).

Por lo que corresponde a la costa y la altiplanicie de Nayarit, Sinaloa y parte de Sonora, las prendas se han encontrado en Guasave y datan de hacia 1000-1200 d.C. (Taylor, 1974: lám. 3); se vuelven a encontrar en 1531 o 1532 cruzando el Río Yaqui (Tello, 1968: 247-248, t. II; Mota Padilla, 1871: 79; *Segunda Relación Anónima* en Guzmán, 1955: 171;⁴ Olguín, 2001), y en la segunda mitad del siglo XVIII (1770-1790) en el Canal de Santa Bárbara, en California (Sales, 1960: 70;⁵ Manzo, 1983: 288-289), aunque ya se empleaban en Ridge Ruin, Arizona (1100-1125 d.C.) durante la transición Pueblo II a Pueblo III (McGregor,

1943: 273), es decir, poco después de Guasave (Olguín, 2001).

Todos los sitios arqueológicos mencionados comparten el uso de ropa enconchada como distintivo de alta jerarquía (Olguín, 1994) y de individuos que a un tiempo podían ser esforzados sacerdotes y jefes militares no sólo dentro de su propia etnia sino fuera de ella de acuerdo con las fuentes históricas (Olguín, 2004a).

El uso de ropa bordada con concha, así como la tipología de los objetos conchológicos, y otras piezas, permiten relacionar el Cerro del Huistle con Guasave, aun cuando en Guasave los objetos de concha parecen haberse utilizado no como faldas, taparrabos, fajas o pretinas de taparrabos, como sucedió en el Cerro del Huistle (figuras 2, 3, 4, 5), sino como parte de una prenda que cubrió toda la parte superior del cuerpo del individuo, ya se tratara de una camisa o de un capote corto (Ekholm, 1942: 39, 109, figura 22).

Lo mismo sucede entre los atuendos del Cerro del Huistle y los del Ridge Ruin (figura 6), ya que en ambos lugares se presentó el empleo de cuentas y de pendientes para formar ornamentos que se colocaban en alguna prenda que cubría el torso y en otra larga que cubría las piernas, así como en atavíos que se llevaban en la cabeza.

En el Cerro del Huistle se excavaron dos entierros provistos de atavíos craneales. Uno de los cuerpos, el del Entierro 25-1, se encontró con todo el cráneo cubierto por 2 155 gasterópodos del género *Olivella*, de entre 0.25 y 0.40 cm, con cada uno de los que se elaboró un pendiente de la familia automorfa del tipo gasterópodo, del subtipo sin ápex y del grupo sin perforación para la suspensión (Manzo, 1983: 64, 68-69), a la fecha se ignora si cada uno de estos pendientes se insertó cabello por cabello en el ataviado o, si con todos los diminutos caracoles se elaboró un entramado para confeccionar un gorro; esto último es poco plausible pues el diámetro de la perforación de cada caracol es tan diminuto que es muy difícil, aun en nuestros días, encontrar un hilo con el que

⁴Sobre esta *Segunda Relación Anónima*, debe aclararse que Icazbalceta la publicó por vez primera en 1866 en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de México*, bajo el nombre de *Primera Relación Anónima de la jornada que hizo Nuño de Guzmán a Nueva Galicia*, que se volvió a publicar en 1955 formando parte de la *Memoria de los servicios que hizo Nuño de Guzmán desde que fue nombrado gobernador de Pánuco en 1525* (Guzmán, 1955). Para Icazbalceta su autor fue el mismo que escribió la que el Instituto Jalisciense de Antropología atribuye a Pedro Guzmán (1963) (Anguiano, 1976: 248-249) y que titula *Segunda Relación Anónima*.

⁵La identidad étnica de estos indígenas probablemente sea la definida como los "indios de Santa Bárbara"; para Kroeber (1925: 490, 825) eran los integrantes de la familia lingüística chumash, conocidos también con ese nombre, habitantes de la costa de California. Hasta donde se ha podido investigar la lengua guarda semejanzas lingüísticas con el soshone y con la lengua de los "indios Salinas", estos últimos aparentemente era yokuts (Hodge, 1910: 415, t. II). Kroeber dice que la continuidad cultural de la zona del Canal de Santa Bárbara es difícil de conocer debido a la influencia interétnica que le fue propia; sin embargo, proporciona datos importantes para los propósitos del presente trabajo. Kroeber dice que entre los yokuts, shoshone y chumash se utilizaban los cordones *wampums* (perlas de conchas o de cuentas de este material), para realizar intercambios, midiendo el largo de los trenos con la circunferencia de la mano; las vueltas dadas a la cuerda para ofrecer una medida variaba de tres a grupo. Algo importante es que los cordones *wampums* podían ir cosidos a las ropas de los individuos, usarse o no intercambio. Es pertinente mencionar que el empleo de *wampums* es una materia que definitivamente relaciona a la Sierra del Nayar con el suroeste de los Estados Unidos y que ya se ha abordado en otros textos (Manzo, 1983: 282-290; Olguín, 1993a).

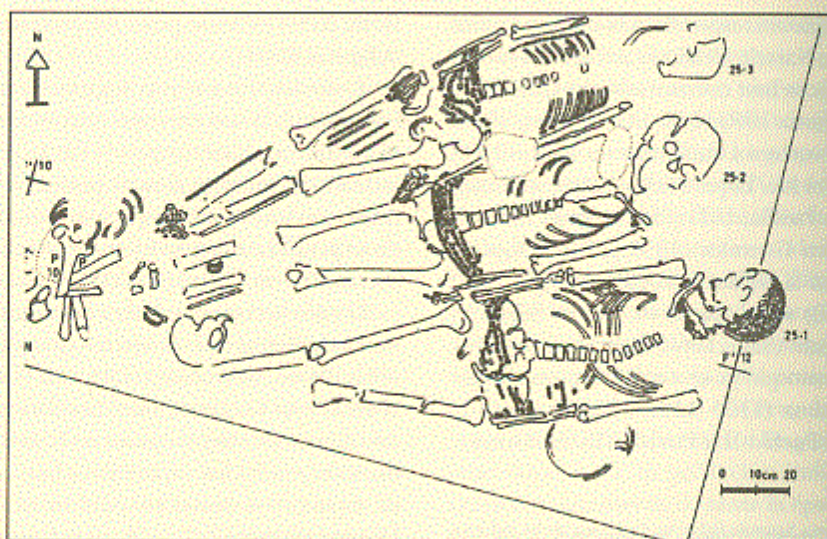


Figura 2. Entierros 25-1, 25-2 y 23-3 del Cerro del Huistle, Huejuquilla el Alto, Jalisco (0-300 d.C.). Esquema tomado de Marie-Areti Hers, 1981.



Figura 3. Entierros 25-1, 25-2 y 23-3 del Cerro del Huistle, Huejuquilla el Alto, Jalisco (0-300 d.C.). Foto: cortesía de la doctora Marie-Areti Hers.

Figura 4.
en Casta
Naciona
se exhib
zapotec
hacia 10
una faja
forma d

Figura
caracol
human
autome

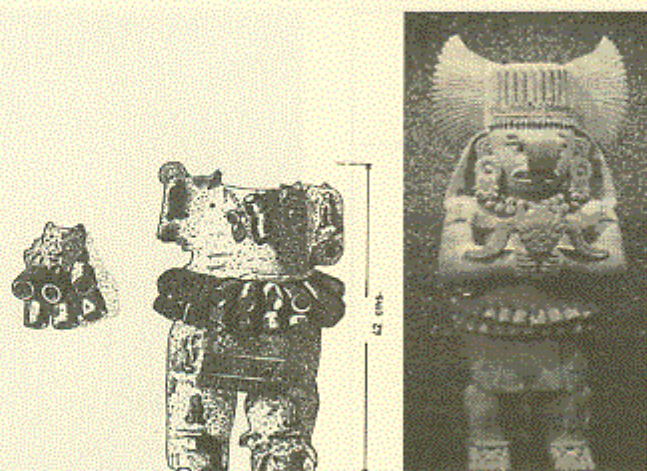


Figura 4. Fragmentos de figurillas cerámicas. Dibujos hechos con base en dos fotografías que aparecen en Castañeda y Mendoza, 1933: foto 106. Estos fragmentos, que forman parte del acervo del Museo Nacional de Antropología, guardan similitudes con una escultura de cerámica, de gran formato, que se exhibe en el Museo Amparo de la ciudad de Puebla, cuya ficha museográfica dice que la pieza es zapoteca y que data de entre 1400-1500 d.C., aunque en la página de Internet del museo la obra se fecha hacia 1000-1800 d.C., lo cual puede aplicarse a estos fragmentos. En ambos casos los personajes portan una faja o cinturón de pendientes automorfos gasterópodos, tipo medio caracol, y llevan aplicaciones en forma de "V" invertida en las piernas. Foto: Gustavo Gatto, tomada de Ochoa, 2009: 1.

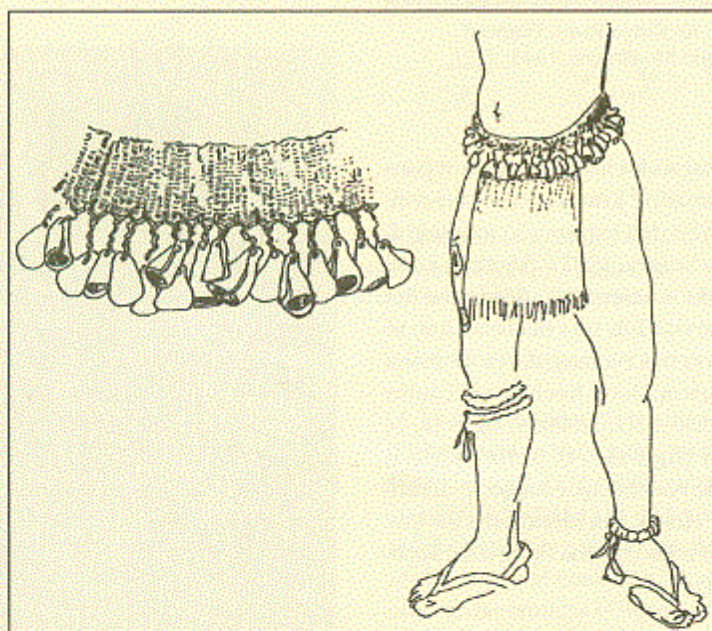


Figura 5. Reconstrucción hipotética de un cinturón decorado con pendientes automorfos tipo medio caracol (tomado de Di Peso, 1974: 408, 468, figs. 508-6, vol. VI). A la derecha se observa un tronco humano con piernas y pies; corresponde a un personaje masculino ataviado con dos pendientes automorfos gasterópodos sin espira.

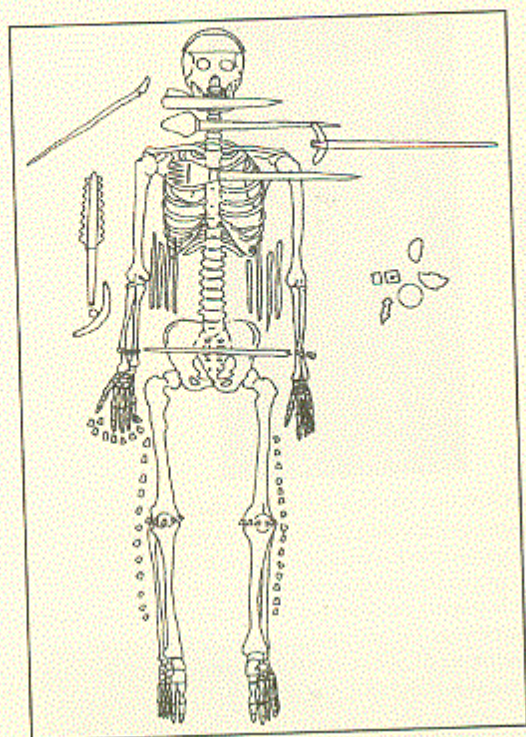


Figura 6. Entierro de Ridge Ruin, Flagstaff, Arizona (tomado de Mc Gregor, 1943: 272).

se puedan ensartar todos los gasterópodos para formar un entramado.⁶ Este gorro de caracolillos ya se exhibió en una exposición museográfica (Goldstein y Suárez, 1997). Además, en el Cerro del Huistle se encontró, alrededor del cráneo del Entierro 51-A, una diadema que se integró con plaquetas rectangulares de lutita y pendientes prismáticos hechos en caolín (Manzo, 1983: 30-32, 97, 334-335, fig. 11a, b, c, fotos n. 3 y 4) (figuras 7, 8, 9, 10), además de pendientes de concha, que luego se describirán y que, por cierto, son idénticos a los que se encontraron en las tumbas de tiro de Huitzilapa (figura 11).

⁶ Dulce María Grimaldi, restauradora del Departamento de Conservación del Museo del Templo Mayor, INAH, comunicación personal, julio de 1998.



Figura 7. Diadema del Entierro 51-A, del Cerro del Huistle, *in situ* (0-300 d.C.) Foto: cortesía de Marie-Areti Hers.

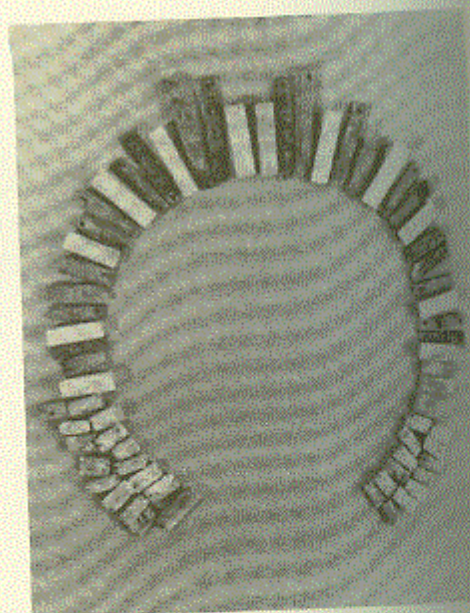


Figura 8. Diadema del Entierro 51-A, del Cerro del Huistle, (data de 0-300 d.C.) ya limpia y dispuesta en el laboratorio. Foto: cortesía de Marie-Areti Hers.

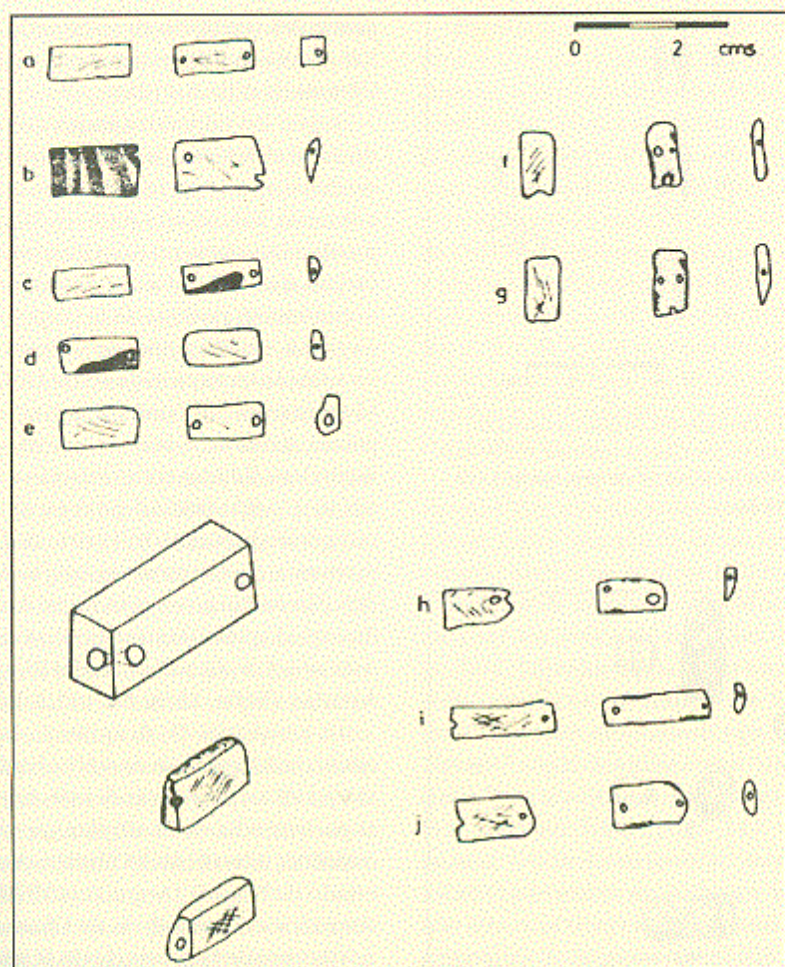


Figura 9. Pendientes xenomorfos rectangulares subtipo prismático, tal vez elaborados a partir de conchas de la familia Spondylidae. Esquema de Enriqueta M. Olguín.

El cuerpo del entierro de Ridge Ruin, en cambio, portaba un yelmo hecho con segmentos de *Dentalium neohexagonum* y de *Dentalium semipolatum* (McGregor, 1943: 281).

Las similitudes y diferencias que existen entre los ajuares del Cerro del Huistle, Guasave y Ridge Ruin ya se han precisado en otro lugar (Olguín, 2001), donde también se consideran los grandes hiatos cronológicos que existen entre las informaciones de carácter arqueológico, que fluctúan entre el año 300 y 1200, d.C.

La información que proporcionan las fuentes históricas, cuyo rango cronológico fluctúa entre los siglos XVI y XVIII sobre el uso de ropa enconchada evidencia más similitudes, pues se refiere al empleo de pieles, de capas de color azul y de otros textiles a los que se adherían, objetos de concha (Olguín, 2004a).

Desde el punto de vista geográfico, la evidencia de la continuidad del empleo de ropas enconchadas parece bifurcarse, muy posiblemente desde la época prehispánica, a

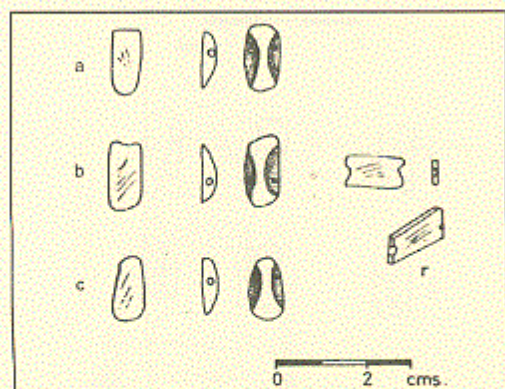


Figura 10a, b, c. Pendientes xenomorfos tipo "D", hechos a partir de *Chama echinata*; r, cuenta tubular tal vez hecha a partir de una valva de la familia Spondylidae.

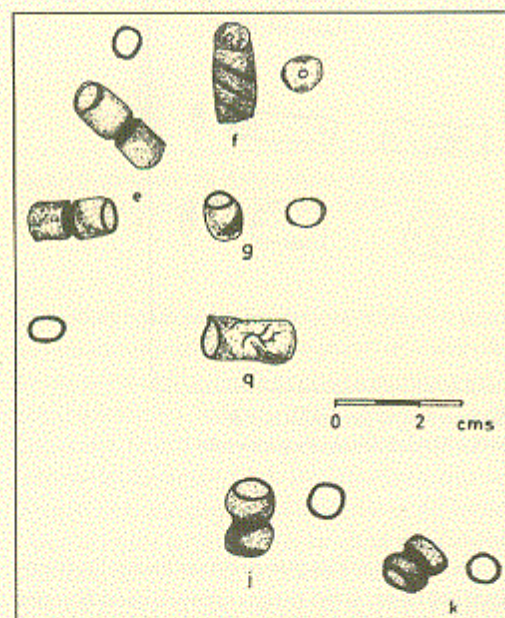


Figura 11. Variedad de cuentas de perforación tubular natural, cilíndricas y en forma de rueda con las paredes rectas y convexas, bilobuladas excavadas en el Cerro del Huistle. Estos ejemplares se hicieron a partir de secciones de *Serpularia oryzata* (esquema de Enriqueta M. Olguín). Imitaciones en cerámica de estos tipos de cuentas se encontraron en las tumbas de tiro de San Miguel, cerca del pueblo de Morelos, en Baborigame, Chihuahua.

partir del territorio denominado en el siglo XVI provincia de Centispac, de Acaponeta, de Chiametla o de Aztatlán.

Según los soldados conquistadores y Tello, durante el siglo XVI la provincia de Centispac⁷ se ubicaba en la parte central de la altiplanicie y la costa del actual estado de Nayarit, como puede observarse en el análisis de fuentes históricas que hizo Marina Anguiano (mapa 7, organización política de la costa y altiplanicie nayaritas en el momento de contacto según los soldados conquistadores de 1530-1532; Pueblos y provincias; cuadro 4, primera y segunda partes, datos económicos, sociales y políticos según los soldados conquistadores, 1530-1532; mapa 9, organización política de los grupos indígenas de Nayarit y el norte de Jalisco en el momento de contacto según fray Antonio Tello). Sin embargo en otro lugar, Antonio Tello dice que la provincia de Centispac abarcaba las riveras del río Grande y las del Río Acaponeta-Aztatlán (Tello, 1968: 35, 142, t. I).

La provincia de Acaponeta, también llamada de Aztatlán, se encontraba en los siglos XVI y XVII en las riveras del río Acaponeta, en la parte media de la altiplanicie y de la costa nayaritas, muy cerca del límite norte del actual estado de Nayarit (Anguiano, 1976). Esta provincia formó parte de la de Chametla.

Al norte de la provincia de Acaponeta-Aztatlán se encontraba la de Chametla o Chiametla; varios autores coinciden en que comprendía el espacio que hay entre la península de Matanchén y el río Piaxtla, abarcaba así parte de la costa del actual estado de Nayarit y la costa sur del de Sinaloa (Arregui, Ciudad Real y Mota Padilla en Olveda, 1996: 22; Pérez de Rivas en Ibarra, 1991: 33). Sin embargo, hasta ahora quien esto escribe no ha encontrado mapa alguno en el que se precise la ubicación exacta de la península de Matanchén, pero de cualquier modo el hecho de que la provincia

⁷ Centispac o Sentispac figura en las fuentes también como Tzentispac, Centiquipaque, Centispac o Centispaque.

de Chametla abarcara parte de las costas nayaritas implica que Chametla incluía en su territorio, de modo parcial o total, la provincia de Acaponeta o Aztatlán.

Consecuentemente las provincias de Centispac, Acaponeta, Aztatlán y Chametla tenían límites geográficos imprecisos, que se trasladaban y se desdibujaban, cuando menos en el siglo XVI, de ahí que todas estas provincias se deban considerar cuando se trata de entender la dinámica de la población prehispánica que se observó durante la época del contacto.

En la provincia de Centispac confluían varias etnias, la totorame, la tecuar, la tomatoca, la tzayahueca y la cora (Arregui, Ciudad Real y Mota Padilla en Olveda, 1996: 22; Pérez de Rivas en Ibarra, 1991: 33). Durante la época del contacto y seguramente durante el Posclásico, estas etnias tenían una estrecha relación con los indios que habitaban la Sierra del Nayar, pues unos y otros participaba del culto a Piltzintli, cuyo santuario principal se encontraba en la Mesa del Tonati, en el corazón de la Sierra. Hasta ahí llegaban, desde Centispac, muchos indígenas que llevaban ofrendas compuestas de conchas, entre otras cosas (Mota Padilla, 1742: 64; Ponce, 1872: 61; Manzo, 1983: 201).

Mientras tanto, en la provincia de Acaponeta-Aztatlán habitaban tepehuanes, coras y sayahuecos, y en las costas de Chametla habitaban los totorames. Todos estos grupos interactuaban entre sí, lo que permite afirmar que en la época colonial había un intenso ir y venir de la sierra a la costa y viceversa, aparentemente precedido por los coras.

Hacia el norte y noroeste de la provincia de Centispac se ubicaba la de Piaztla o Piaztla, cuyos habitantes tenían muy diversos rasgos culturales (Ibarra, 1991: 33-36), entre ellos había nómadas, sedentarios y semisedentarios, eran acaxeés, xiximes y pacaxes. Se ignora si esta variedad cultural y étnica también estaba presente en el rango geográfico que hay entre la península de Matanchén y el río Piaztla, pero sierra adentro.

Es muy posible que dentro de la porción serrana de estas provincias, algunos grupos como el tepehuán sirvieran de enlace cultural entre las etnias que poblaban las provincias de Centispac y la de Piaztla con aquellas etnias que ocuparon la Sierra del Nayar, si se considera que para el siglo XVII, durante la rebelión de 1616, los tepehuanes tuvieron aliados coras y huicholes (Arregui, 1946: 101; Tello, 1653: 244, 255-256, t. III; Torres, 1934-1938: 50, 52, n. 9, t. IV.), y si se toma en cuenta que en 1645 Andrés Pérez de Ribas afirmó que los tepehuanes dominaban a acaxeés, xiximes y tarahumaras.

De manera que la provincia de Centispac siempre fue un sitio geográfico clave como lugar de paso y reunión de etnias diferentes. Así, cuando Matías de la Mota Padilla (1742: 115-116) habla de la rebelión del Mixtón, dice que en 1541 los indios de los valles de Tlaltenango-Teúl, Jalpa-Juchipila y Nochistlán,⁸ podían contactarse con los indios que habitaban en todo el macizo montañoso (que él llama "del Nayarit", y que describe como "una bolsa de la sierra") y a través de él, hasta llegar a Culiacán. Fray Antonio Tello (1653: 147, t. II) dice lo mismo. A la fecha se ignoran mayores detalles sobre el particular; sin embargo, no es extraño que esto ocurriera cuando menos hasta la zona geográfica de Acaponeta-Aztatlán, si se observa que culturalmente los grupos que ocupaban la Sierra del Nayar y los que habitaban en la región de Centispac y Acaponeta-Aztatlán pertenecían a las mismas etnias en el momento del contacto.

LA ROPA ENCONCHADA DE LAS TUMBAS DE TIRO Y DEL CERRO DEL HUISTLE

Nuevamente desde el Cerro del Huistle, hacia el norte, el noreste y el sureste, dentro de la Sierra Madre Occidental y en su piemonte, el

⁸ Los valles de Tlaltenango-Teúl, Jalpa-Juchipila y Nochistlán se localizan al oriente de la Sierra del Nayar (Manzo, 2002: Mapa 5).

empleo de la ropa enconchada relaciona a quienes vivieron en dicho Cerro con los que construyeron y ocuparon las tumbas de tiro.

Un elemento arquitectónico funerario que relaciona el Cerro del Huistle con las tumbas de tiro es el depósito donde se encontró el entierro 51 de aquel sitio, el cual se construyó durante su tercera ocupación; para construir la tumba se utilizaron grandes losas que con el paso del tiempo se disgregaron pero que dejaron sus huellas en las paredes y en el piso del lugar que se excavó; así se supo que la planta de la construcción fue circular u oval y los perfiles de las paredes sugieren la existencia de un domo construido sobre la roca madre del sitio, que presentó, en esta porción, un considerable desnivel este-oeste (Hers, 1981).

Otro elemento más que sirve para relacionar el Cerro del Huistle con las tumbas de tiro son los nódulos de roca de aspecto raro que formaron parte del ajuar funerario del Entierro 25-1 y que también se han encontrado en aquellas (Olguín, 1991b). Además, en el Entierro 15-25 del Cerro del Huistle (figuras 2, 3) se halló una vasija ya descrita por Hers (1983: 33-34) que pertenece al estilo chinesco, característico del área de Ixtlán, Nayarit.⁹

A estos elementos se agrega un pedazo de concha que fue recubierto con una base de color oscuro (Hers, 1978: 28), sobre la que aparecen restos de pintura roja y amarilla que se encuentran a un mismo nivel, es decir, las capas de pintura no están dispuestas una sobre otra; además, hay residuos de pigmentos de color verde agua y blanco grisáceo sobre

⁹ Con la denominación de estilo chino, se clasifica, de modo impreciso, un tipo de figuritas de cerámica, huecas. Dentro del estilo que caracteriza ese tipo se incluyen vasijas muy pulidas con decoración negativa (Furst, 1966: 7, 35). El ejemplar procedente del Entierro 15-25 carece de decoración negativa, pero Hers (comunicación personal, 1982), siguiendo a Eiseleb (1971), así la clasificó, para ello además consideró que al lado del cuenco chino se encontró un trípode con decoración negativa. Es pertinente decir que se necesita definir de manera rigurosa el estilo chino.

pequeñas porciones de los otros pigmentos ya mencionados; para el caso del pigmento color verde agua, puede suponerse que se aplicó al fresco o al seco, mientras que para el caso de los pigmentos rojo y amarillo la aplicación pudo ser la misma o con la técnica *pseudoclaissone* (Hers, 1983: 25-39); el fragmento procede de una mezcla estratigráfica de la primera y segunda ocupaciones del Cerro del Huistle, esto es, data de entre 0-500 d.C. El sitio más próximo al Cerro del Huistle donde se presenta pintura sobre concha es la tumba de tiro de Las Cebollas (300 a.C.-300 d.C.), en Etzatlán, Jalisco, donde Peter Furst (1966: 45, 144, 147-148) registró el uso de concha como soporte de pintura al fresco de colores amarillo y verde. De esta forma, la concha pintada también sirve para relacionar el Cerro del Huistle con las tumbas de tiro (Manzo, 1983: 556-365).

Otros ornamentos de concha que relacionan el Cerro del Huistle con las tumbas de tiro son las pulseras hechas de grandes bivalvos. Peter Furst (1966: 96) reportó el hallazgo de fragmentos de pulseras/brazaletes, o aros, y de un ejemplar completo con el umbo decorado con líneas esgrafiadas en una de las tumbas de tiro que él excavó en Las Cebollas. Por su parte, Hasso von Winning (1974: 27, 308) infirió la función de estos objetos con base en el hallazgo de un húmero humano rodeado de veinticinco pulseras/brazaletes adheridos de manera firme a él gracias a la presencia de tierra muy compacta y sólida que rodea al hueso, al mismo tiempo que lo separa de varias pulseras que están unidas entre sí por la misma tierra. Considerando esta evidencia, Winning asume que las estrías y rebordes que tienen en los brazos y antebrazos numerosas figuritas de arcilla, sobre todo las procedentes del estado de Nayarit, representan conjuntos de estas pulseras/brazaletes o aros (Manzo, 1983: 143-152, 342-343; Olguín, 1985; 1989a; 2004b; Olguín y Polaco, 1993: 166-167).

Hacia el norte del Cerro del Huistle se encuentran las tumbas de San Miguel, una comunidad situada sobre la rivera sur del río

Fuertes de Mamboré bitada; bates, chinipé época conchada). La llama hace p... Lumbarda en con un entre bas es doce, o seis un me "bóveo" excava mamp una gr oblicua ger el i ciona l porque nimbos por bu terio d iguales a visita Karl Lu dentro hechas (1983: ción tu trilobu tipos de los que el Cerr des (M

¹⁰ Est
de la reu
Juárez d

Fuerte (27° lat. 108° long.), cerca del pueblo de Morelos, al noroeste de Baborigame y habitada a principios del siglo XX por indios tubares, que en el siglo XVII eran vecinos de los chinipas —que, como se dijo antes, durante la época del contacto usaban capas bordadas con concha—, y de los tepehuanes (Beals, 1943: 4). La descripción de estas tumbas, que eran llamadas “bóvedas” por la gente del pueblo, hace pensar que se trata de tumbas de tiro. Lumholtz dice que cada tumba estaba indicada en la superficie por un círculo de piedras, con un diámetro de tres a cinco pies, o sea de entre un metro y un metro y medio; las tumbas estaban agrupadas en conjuntos de diez a doce, bajo tierra, a una profundidad de cinco o seis pies, que equivalen respectivamente a un metro cincuenta y un metro ochenta; las “bóvedas” consisten en pequeñas cámaras excavadas en el suelo arcilloso, sin trabajo de mampostería, con entrada lateral cubierta con una gran laja dispuesta siguiendo un plano oblicuo, tal vez un tiro inclinado, para proteger el interior. Aunque Karl Lumholtz no menciona la existencia de un tiro, esto se deduce porque narra cómo penetró en una de esas tumbas: ayudándose con una cuerda sostenida por buyes. Lumholtz agrega que en el cementerio de la iglesia de San Miguel había tumbas iguales que aún se utilizaban cuando él llegó a visitar el lugar.¹⁰ Lo interesante aquí es que Karl Lumholtz (1973: 442-444, t. I) encontró, dentro de una de estas tumbas, reproducciones hechas en cerámica pintada de lo que Manzo (1983: 358) clasificó como cuentas de perforación tubular natural, bilobuladas (figura 11), trilobuladas y tetralobuladas; los primeros dos tipos de estas cuentas de arcilla son idénticos a los que se encontraron, hechos en concha, en el Cerro del Huistle e incluso en Casas Grandes (Manzo, 1983: 110-120; Olguín, 1991a).

¹⁰ Esto no es extraño, Peter Furst (1966: 49) habla de la reutilización de las tumbas de tiro de Acatlán de Juárez durante el siglo XIX y principios del XX.

Todavía queda por averiguar la existencia de tumbas de tiro en Durango (Hers, 1993), lo que es posible a juzgar por algún material de concha recolectado en superficie que ha podido clasificarse (Olguín, 1993b).

Hacia el noreste del Cerro del Huistle, 40 km al noreste de Huejuquilla el Alto, se encuentran las tumbas de tiro de la comunidad de La Florida; hasta ahí se puede llegar siguiendo la carretera que comunica Huejuquilla el Alto con Valparaíso y Fresnillo. Marie-Areti Hers (1979: 34-35) tomó varias fotografías de material arqueológico extraído de su matriz original por saqueadores; lo mismo sucedió con algunas piezas procedentes de las tumbas de tiro de Bolaños y de Chimaltitan (al sur de Bolaños).

Las comparaciones que pueden hacerse entre el material del Cerro del Huistle y de La Florida, a partir de esas fotos, ponen en evidencia que tanto en la primera ocupación del Huistle como en las tumbas se presentan los siguientes tipos de objetos de concha: pendientes automorfos gasterópodos completos hechos de la especie *Persicula bandera* (Manzo, 1983: 64-65; Olguín, 1991a);¹¹ pendientes xenomorfos tipo triangular, unilobular sin apéndice para la perforación bicónica antero-posterior ubicada sobre la base de la forma geométrica, con huella de charnela, que muy posiblemente se hizo en valvas de la especie *Chama echinata* (Manzo, 1983: 75, 79, ss.), y cuentas con perforación tubular natural (Manzo, 1983: 110-120 ss.; Olguín, 1989a; 1989b).¹²

Unos 100 km al sureste del Cerro del Huistle, en línea aérea casi recta y sobre las majestuosas dimensiones de la Sierra Madre Occidental se encuentra el Cañón de Bolaños.

¹¹ El biólogo Óscar Polaco Ramos de la Subdirección de Servicios Académicos y Laboratorios del INAH, revisó las fotografías citadas e hizo la identificación taxonómica que aquí se presenta.

¹² En el caso de estas Cuentas el biólogo no pudo asegurar si fueron hechas o no a partir de un vermético, quien esto escribe se inclina por ello.

Durante los primeros trabajos de prospección de la Misión Arqueológica Belga, entre 1973 y 1976, la arqueóloga Marie-Areti Hers hizo un recorrido por el Cañón de Bolaños y entre el material de superficie que recolectó, encontró materiales cuyas características coinciden con las de los objetos que proceden de las tumbas de tiro; entre ellos dos figurillas que se clasificaron de acuerdo con la tipología de Michael Krutt (en Hers y Deltour-Levi, 1977: 275-277).

Años más tarde, los arqueólogos Teresa Cabrero y Carlos López excavaron y estudiaron varias tumbas de tiro ubicadas en Bolaños, las más importantes fueron las que estaban selladas en El Piñón (Cabrero y López, 2002), asociadas con arquitectura de planta circular que evidencia una ocupación guachimontona o de la cultura teuchitlán en el lugar.

Los materiales arqueológicos de estas tumbas de tiro presentan varias similitudes con los que se encontraron en el Cerro del Huistle. Ambos lugares eran contemporáneos, por lo menos entre 0-300 d.C., fecha de la primera ocupación del Cerro del Huistle (Manzo, 1983: 19; Hers, 1981: 22; 1989: 60, fig. 3), mientras que las tumbas de El Piñón se emplearon entre 135-440 d.C. Tanto en el Cerro del Huistle, sobre todo en el caso de los Entierros 15-25 y 51 (Hers, 1981; Manzo, 1983: 20-27, 30-32; Pompa y Padilla, 1981; Olguín, 2005) como en El Piñón, los sepulcros se reutilizaron, con cuidado de agrupar los huesos homólogos de varios esqueletos. Así, en el Entierro 15-25 del Cerro del Huistle se encontraron restos pertenecientes a más de 70 individuos, mientras que la tumba de tiro 3 de El Piñón sirvió de última morada a 86 individuos de ambos sexos y de todas las edades; cuatro cráneos se depositaron en forma lineal en la parte posterior de la cámara (Cabrero y López, 1998: 332).

Uno de los individuos más importantes que recibió sepultura en la tumba de tiro 2 de El Piñón, que se encontró en decúbito dorsal, orientado de este a oeste, cobra aquí especial interés

debido a que su ajuar pone en evidencia el uso de ropa bordada con concha; se depositó:

[de manera] extendida [...] fue colocado en el extremo sur de la cámara con el cráneo hacia el este. En el lugar donde debían estar las extremidades superiores se recuperaron dos brazaletes de concha y 400 cuentas circulares de concha y cerámica esparcidas por todo el cuerpo. La osamenta también fue acompañada por restos de fragmentos de textil de fibras de algodón y de agave, este último tejido a manera de estera[...]. Los fragmentos de textiles señalan la posibilidad de haber sido envuelto en una manta tejida con algodón a manera de bulto mortuario y depositado sobre una estera hecha con fibra de agave. (Cabrero y López, 1998: 330-33; 2002: 151-153, fotografía 30).

El hallazgo anterior resulta muy sugerente, pues en este caso se encontró un esqueleto que muy posiblemente se envolvió en una manta bordada con concha, o se cubrió con ella, aun cuando en la cita no se precise cuál era la ubicación específica de las piezas de concha ahí encontradas ni se detalle cada uno de ellos. Resulta también interesante que se hayan encontrado fibras de algodón y de ixtle; el hallazgo de estos objetos de inmediato evoca las prendas enconchadas que se describen en las fuentes históricas citadas.

Uno de los problemas que existe sobre este ajuar conquiolínico, y sobre todos los otros objetos del mismo material que proceden de las tumbas de tiro de El Piñón y de otros sitios ubicados en el Cañón de Bolaños es que, a juzgar por las publicaciones que conoce quien suscribe, incluyendo el *Catálogo de piezas de las tumbas de tiro del Cañón de Bolaños* de María Teresa Cabrero y de Carlos López (1997), así como el texto que la autora dedica al material de concha en otra publicación (Cabrero, 2005: 100-134) no se ha clasificado cabalmente cada uno de los objetos de concha, tal vez debido a que aun cuando se utiliza buena parte de la nomenclatura de la tipología que propuso Lourdes Suárez (1977), los criterios que fija

precisamen
categorías c
y se modifi
(v.g. Cabre
la citadas o
Carlos López
sin mencio
racterística
objetos, sa
generales e
las que fue
de que ent
juntos inte
y qué luga
el context

Sin em
imágenes
134, 135,
2005: 100
sificar seg
Suárez (1
46-61) y
afirmarse
de las t
laños se
clasificat

Cuen
ción tub
ss.) Una
sobre la
las técn
objetos
elimina
nósticas
partir
tación
se habla
y de "c
rios de
las cue
sobre
se apu
"cuen
pendi
que se
define

precisamente esa tipología para definir las categorías clasificatorias y los tipos no se usan y se modifican sin mediar explicación alguna (vg. Cabrero, 2005: 107-109); de hecho, en la citadas obras de María Teresa Cabrero y de Carlos López se presentan fotos del material sin mencionar ningún detalle sobre las características particulares de cada uno de los objetos, salvo cuando se habla en términos generales de las especies de valvas a partir de las que fueron hechos; tampoco se especifica de qué entierro procede cada objeto, qué conjuntos integraban en el contexto arqueológico y qué lugar preciso ocupaban *in situ* cuando el contexto era primario.

Sin embargo, a partir de algunas de esas imágenes (Cabrero y López, 1997: 97-99, figs. 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141; Cabrero, 2005: 100-134) hay piezas que sí se pueden clasificar según la tipología definida por Lourdes Suárez (1977) y modificada por Manzo (1983: 46-61) y Olguín (1989a, 1989c). Así, puede afirmarse que parte del material de concha de las tumbas de tiro que se excavaron en Bollaños se incluye en las siguientes categorías clasificatorias:

Cuentas cilíndricas y ruedas con perforación tubular natural (Manzo, 1983: 110-120, ss.). Una se hizo a partir de un vermetido, sobre las demás nada se puede decir porque las técnicas que se emplean para elaborar los objetos que se clasifican como cuentas suelen eliminar las características taxonómicas diagnósticas que permiten identificar las valvas a partir de las que se fabricaron. En otra presentación del material (Cabrero, 2005: 107, 123) se habla indistintamente de cuentas cilíndricas y de "cuentas redondas", sin precisar los criterios de clasificación utilizados y confundiendo las cuentas cilíndricas con las cuentas ruedas; sobre la existencia de cuentas discales nada se apunta, sólo se alude a la presencia de "cuentas redondas", sin distinguirlas de los pendientes circulares; existe otra categoría que se denomina "discos", pero tampoco se define.

Pendientes automorfos gasterópodos sin espira, con perforación cónica sobre cuerpo (Manzo, 1983: 64, 72-73).

Fragmentos de pendientes xenomorfos triangulares, subtipo trilobular, grupo con apéndice triangular para la suspensión y perforación lateral bicónica (*op. cit.* 75, 85-88, fig. 8), que María Teresa Cabrero (2005: 120, portada, fotografía 32) llama "colgantes periformes".

Fragmentos de pendientes xenomorfos triangulares, subtipo unilobular, grupo sin apéndice para la suspensión y perforación anteroposterior (Manzo, 1983: 75-72, figs. 5-6), que María Teresa Cabrero (2005: 120, portada, fotografía 31) llama "colgantes en forma de colmillo".

Dos agarraderas de atlatl de concha, ambas de la familia de perfil redondeado, del tipo sin reborde y del grupo de ancho constante, muy similares a la que forma parte de la colección del Cerro del Huistle (Manzo, 1983: 159-160; Cabrero 2005: 124, fotografía 35).

Aros de la forma genérica pelecípoda y del subtipo con huella de umbo. En las fotos es imposible apreciar las características de los biseles ni de sus respectivas secciones, por lo que no se puede decir más (Cabrero, 2005: 143-145, 342-343; Olguín, 1989a, 1989c; Olguín y Polaco, 1993: 166-167; Olguín, 2004b). Se ignora cómo se distinguió entre las categorías de pulsera y brazaletes al presentar el material de El Piñón (Cabrero, 2005: 107-108).

Botones xenomorfos de los tipos circular y rectangular que en su envés presentan perforación bicónica lateral (Manzo, 1983: 156-157) (Cabrero, 2005: 109, 124, fotografía 34).

Como ya se dijo, otro problema que existe en el registro del material de concha de las tumbas de tiro de El Piñón es que no se precisan las especies a partir de las que se hicieron los objetos que a través de las imágenes se clasificaron, ni cómo se distribuyen las especies en cada uno de los entierros, si bien se identificaron entre el material ejemplares del género *Strombus* del Caribe y del género *Spondylus*, 25 ejemplares del género *Oliva*, que estaban en

una de las extremidades del individuo que se encontraba en la parte norte de la tumba de tiro 4; también se identificaron valvas de la especie *Spondylus pictorum* de California, y el uso de "coral negro" para la elaboración de un collar (Cabrero, 1998: 339-340; Cabrero y López, 1998: 331, 336). Posteriormente se publicó una lista de las demás especies pelecípodos y gasterópodos que se identificaron en el material procedente de Bolaños (Cabrero, 2005: 101-106, 116-31), pero no se realiza mayor especificación sobre el lugar en el que se encontraron los objetos *in situ*. Es pertinente observar que María Teresa Cabrero (1998) supone que el género *Spondylus* es conocido vulgarmente, en el Golfo de Guayaquil, Perú, con el término de "mullu" y que a partir de ello considera que en El Piñón hay una evidencia, directa o indirecta, de una relación entre este último sitio y Perú; sin embargo, es necesario precisar que el término "mullu" se utilizó en Perú durante la época prehispánica para designar no al género *Spondylus*, sino a la especie *Spondylus princeps*, la cual es común en un rango de distribución natural y geográfico que abarca del golfo de California a las costas de Ecuador (Keen, 1958: 108; 1971: 147); además, el arqueólogo Adrián Velázquez Castro, del Museo del Templo Mayor (comunicación personal, 7 de febrero de 2005), pudo identificar el uso de la especie *Spondylus princeps* entre el material arqueológico procedente de las tumbas de El Piñón. En consecuencia, al considerar toda esta información, se puede concluir que el material arqueológico de El Piñón hecho a partir de conchas del género *Spondylus* y/o de la especie *Spondylus princeps* pudo elaborarse con valvas recolectadas en las costas mexicanas, por lo que los objetos elaborados con esa materia prima no constituyen una evidencia sólida de la relación Perú-occidente de Mesoamérica.

La precisión en cuanto a las especies malacológicas que se utilizaron para elaborar los objetos procedentes de El Piñón tiene suma importancia para la interpretación arqueoló-

gica, sobre todo si ahí se encontraron talleres prehispánicos de elaboración de objetos de concha (Cabrero, 1998: 338; 2005: 128), cuyos indicadores no se han descrito de manera particular y minuciosa.

Todos estos hiatos que quedan por llenar a propósito de los materiales excavados en el cañón de Bolaños se repiten —cuando se les trata de dar un orden— en los trabajos que llegan a mencionar los materiales de concha que proceden de otras tumbas de tiro, muy importantes, que guardan muchas más similitudes con los que proceden del Cerro del Huistle, es el caso de los objetos conquiolíticos de las tumbas de tiro de Huitzilapa.

Entre los objetos de concha encontrados en las tumbas de tiro de Huitzilapa y aquellos que se hallaron en el Cerro del Huistle, las similitudes más representativas son los entramados de concha que se colocaron sobre el cuerpo a manera de vestimenta, ya sea que las piezas conquiolíticas se hayan adherido de algún modo a un textil o a una piel, o se hayan unido entre sí sin otro material de por medio; además, ambos sitios presentan otros materiales muy parecidos en calidad y en cantidad, no sólo por lo que respecta a sus formas tipológicas y a las técnicas de manufactura con las que se elaboraron, sino también por lo que toca a las especies de los moluscos a partir de las que se hicieron, como se verá enseguida.

Antes de continuar es pertinente aclarar que todas las observaciones que se hacen aquí sobre los ajuares funerarios de los entierros de Huitzilapa se realizaron directamente por quien esto escribe a través de las vitrinas de exhibición de las piezas en el Museo del Templo Mayor, en la ciudad de México, durante su exposición en junio de 1997, cuando ahí se recrearon la tumba de Huitzilapa y sus entierros, y se mostraron los ajuares funerarios y las piezas sueltas de concha que los acompañaban.

Entre las piezas de concha de Huitzilapa y el material de concha del Entierro 25 del Cerro del Huistle se encontraron varios objetos de concha dispersos del tipo pendientes

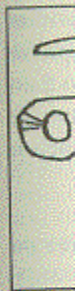


Figura 1. Sección transversal de un conchido de cerro, mostrando la estructura interna y la forma de la concha.

xenon...
1983: ...
de ob...
posic...
en la...
espec...
en co...

En...
nico...
Huist...
agru...
sos ti...
pens...
das q...
halla...
infer...

E...
enco...
del C...
valva...
1985...
esto...
diad...
32, f...

15...
diad...
con...

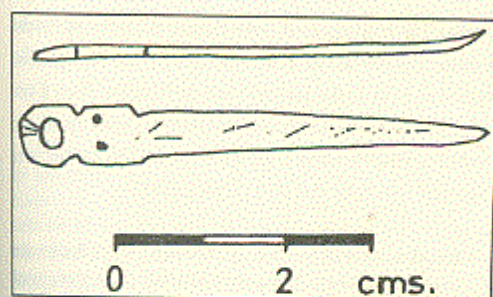


Figura 12. Pendiente xenomorfo tipo espada, que se encontró sobre el pecho del Entierro 25-1 del Cerro del Huistle, es posible que se haya hecho a partir de una valva de la especie *Stondylus princeps* (0-300 d.C.) (esquema de Enriqueta M. Olguín), pendientes como éste abundan entre el material que procede de Huitzilapa.

xenomorfos tipo espada (figura 12) (Manzo, 1983: 98). Para el caso de Huitzilapa, este tipo de objetos se observó en una vitrina de la exposición citada, dispuestos en grandes sartaes; en la cédula explicativa correspondiente no se especificaba si dichos objetos se encontraron en contexto primario o secundario.

En Huitzilapa y entre el material conquiolítico de los entierros 25-1, 25-2, 51-G del Cerro Huistle (Manzo 1983: 110-120) se encontraron agrupaciones de cuentas de concha, de diversos tipos, dispuestas de tal suerte que puede pensarse que conformaron o decoraron prendas que cubrían las partes del cuerpo donde se hallaron colocadas, por lo regular en la mitad inferior de cada uno de los cuerpos.

En Huitzilapa y en el Cerro del Huistle se encontraron pendientes xenomorfos "D", los del Cerro del Huistle se hicieron a partir de valvas de *Chama echinata* (figura 10) (Manzo, 1983: 97, fig. 11a, b, c). En el Cerro del Huistle estos pendientes se usaron para integrar la cadena del Entierro 51-A (Manzo, 1983: 30-32, fotos n. 3 y 4).¹³ En Huitzilapa pendientes

iguales en forma, color y textura se encontraron sobre los tobillos, peronés y las tres cuartas partes (de abajo hacia arriba) de ambas tibias del individuo 1 de la cámara norte de la tumba; aquí estos pendientes posiblemente integraron el entramado o el bordado de concha de una cobija corta. Desafortunadamente, no fue posible observar con detalle los objetos de concha que conformaban el resto del ajuar, que incluía más piezas de concha:

Presentó una vestimenta elaborada a base de miles de pequeñas cuentas de concha talladas en diferentes formas, así también fue ornamentado con pulseras labradas, orejeras y narigueras de concha, caracol y jade; tocado y collares de cuentas tubulares de caracol y concha trabajada, cuentas de piedra verde, así como pequeñas figurillas de jade como pendientes delicadamente talladas en formas antropomorfas.

Estaba ofrendado con trompetas de caracol decoradas con la técnica del pseudocloisonné, con la representación de diseños geométricos en colores rojo, negro, amarillo, verde y blanco. Cabe resaltar que tres de ellos se encontraron entre las piernas del individuo refiriendo una clara idea de fertilidad, los otros caracoles se encontraron depositados sobre el cuerpo y a los lados de este.

Otros objetos asociados fueron un disco, ganchos y lanzadera de Átlatl con diseño zoomorfo, elaborados en jade; un pectoral de forma trapezoidal; un disco que posiblemente fuera base de un espejo de pirita y diversas cuentas planas de pizarra; pendientes de concha (*Anadara* sp.); un hacha de basalto tallada con decoración al pseudocloisonné y dos puntas de obsidiana (Ramos y López, 1996: 126-127, fig. 4).

El mismo tipo de Pendientes Xenomorfos "D" acompañó al Individuo 2, de la Cámara Norte, colocado a la izquierda del primero; en

¹³ Los otros objetos de concha que integraban la cadena eran pendientes xenomorfos rectangulares con perforaciones biconicas ocultas y la única cuenta

tabular de la colección de objetos de concha del Cerro del Huistle (Manzo, 1983: 30-32, 97, 334-335, fig. 11a, b, c, fotos n. 3 y 4).

este caso, los objetos de concha se distribuían a partir de la cadera, descendiendo entre las piernas como si se hubiese tratado de un entramado de pendientes o de un taparrabo bordado con ellos. No se pudo apreciar el resto del ajuar en la exposición de forma detallada, pero en una publicación se describe de la siguiente manera:

Se encontraba ataviado con tocado y collares de cuentas de concha y caracol, así como con figurillas antropomorfas y zoomorfas talladas en jade y algunas cuentas de este mismo material; pulseras, narigueras y orejeras de concha, así como sartaes de pequeñas cuentas de concha que ataban las rodillas y tobillos de este personaje. Se encontraron asociados dos ganchos de atlatl tallados en concha y colocados en la mano derecha del individuo, lo que pudiera indicar su relación con el sexo masculino (Ramos y López, 1996: 126-127, figura 4).

Las ofrendas de concha de los individuos 2 y 3, de la cámara sur, tenían ajuares de concha menos espectaculares, que tampoco se describen con detalle: orejeras, narigueras, ajorcas y collares de concha (Ramos y López, 1996: 130, figura 12).

Es pertinente advertir que los individuos 1 y 2 de la cámara norte, al igual que el individuo 1 de la cámara sur, lucían sendos tocados de concha, que no se pudieron apreciar en la exposición y que tampoco se detallan en publicación alguna, pero su presencia de inmediato remite a los hallazgos del Cerro del Huistle.

Además de las similitudes observadas entre la ropa enconchada de los dos sitios, es pertinente notar también las características físicas personales que compartían los sujetos, que se enterraron en uno y en otro lugar: en ambos casos se trata de individuos masculinos de entre 30 y 45 años, además un individuo de Huitzilapa presenta deformación craneana tabular erecta, como la que caracteriza a varios cráneos del Entierro 25 del Huistle (Pompa y Padilla, 1981).

En Huitzilapa, el individuo 3 corresponde a una mujer de por lo menos 50 años, que se encontró al lado izquierdo del individuo 2 en el lado oeste de la cámara norte y cuyo ajuar de concha fue menos llamativo, en comparación con los ajuares de sus compañeros:

Estaba ofrendada con tocado y collares de cuentas de concha y de caracol, algunas cuentas de jade, y al igual que el personaje número 2, presentó sartaes de pequeñas cuentas atando rodillas y tobillos, así como pulseras de concha. (Ramos y López, 1996: 126-127, figura 4)

Nada se puede decir de manera particular sobre este ajuar, pues no pudo observarse bien en la exposición museográfica citada.

Sin duda otros objetos que relacionan con el Cerro del Huistle y con las tumbas de tiro son los entramados de concha que se colocaron sobre el cuerpo a manera de vestimenta. Las similitudes encontradas entre los materiales de ambas procedencias, como se afirmó antes, son abundantes en calidad y cantidad, no sólo por lo que respecta a las técnicas de manufactura que se emplearon para modificar las conchas y de ese modo darles determinadas formas tipológicas, sino también por lo que toca a las especies de los moluscos a partir de las que se manufacturaron las piezas.

CONCLUSIONES

La continuidad cronológica del empleo de ropas enconchadas sugiere la existencia de una antigua tradición cultural que bien puede datar del periodo Preclásico, considerando las fechas más tempranas que se tienen para el uso de las tumbas de tiro en el Occidente de México (300 a.C.) (Furst, 1966: 144, 147-148); su continuidad espacial hacia el norte, en el interior de la Sierra Madre Occidental, se asocia con la expansión de la cultura de las tumbas de tiro, identificada hasta ahora con la de los guachimontones o cultura teuchitlán y su arquitectura de planta circu-

lar;¹⁴ la continuidad del uso de ropa enconchada parece haber seguido varias direcciones

¹⁴ La cultura teuchitlán, también llamada cultura de los guachimontones, se caracteriza por tener una tradición arquitectónica circular-ceremonial que ha sido estudiada durante mucho tiempo por el arqueólogo Phil Weigand (1974; 1976; 1977). Los guachimontones se desarrollaron sobre todo en la zona de la Magdalena, Tequila y Etzatlán. El arqueólogo Phil Weigand supone que la tradición se extendió hacia la costa central de Nayarit, incluyendo las riveras del río Grande de Santiago y del río Ameca (aguas arriba en ambos casos), y la bahía de Banderas; penetró hasta el río Bolaños, en los estados de Zacatecas y Jalisco y en la parte noroccidental del Bajío. La cultura de teuchitlán o de los guachimontones se fecha hacia 600 a.C.-900-1000 d.C. (Soto, 1994: 44-45; Weigand, 1976: 218-220; López y Ramos, 1995: 59-60; Ramos y López, 1996: 121; Cabrero y López, 2002). Con base en la observación que alguna vez hizo Marie-Areti Hers (comunicación personal, 17 de noviembre de 1991) sobre San Francisco de Tacuichamona, Sinaloa, cabecera del municipio de ese mismo nombre, y donde la calle principal es ciertamente circular, sugiero que es muy posible que los guachimontones hayan llegado hasta lo que es el actual territorio de ese estado de la república mexicana, sobre todo considerando que esta característica urbana se encuentra en otros asentamientos, como el caserío de Abuya.

Sobre estos dos asentamientos dice Rosalío Romero Guzmán: "El municipio de Culiacán se divide en 17 sindicaturas y una alcaldía central". Al sur del municipio y como a 60 km de la ciudad de Culiacán está la sindicatura de Tacuichamona, cuya cabecera es el pueblo de San Francisco de Tacuichamona, al pie de la Sierra Madre Occidental, este pueblo es circular en su centro. Los vecinos recuerdan con nostalgia cómo poco a poco la calle redonda ha sido invadida por edificios públicos y construcciones privadas, perdiendo en parte ese extenso espacio baldío alrededor de la iglesia, en donde se podían realizar, por ejemplo, las festividades de Semana Santa, construir las casas reales en donde se ponían a bailar durante las fiestas de la *tenanchería*, los bailes públicos, en fin, era el principal punto de reunión. Los espacios perdidos en la calle redonda se han debido principalmente a la construcción de la escuela primaria Cuauhtémoc, las canchas deportivas, la sindicatura municipal, la plaza pública, el tinaco elevado para el almacenamiento de agua potable y los comercios.

"Esto hay que agregar la llegada de la modernidad en la construcción de las fincas, pues ahora se estila usar principalmente el concreto y la varilla de acero, razón por la que se está rompiendo con el estilo de construcción vernácula que predomina alrededor de la

geográficas, una desde el área de Etzatlán-la Magdalena-Huitzilapa, hacia la Sierra Madre Occidental, cruzando el tramo de ésta que está próximo a Hostotipaquillo y a Moyahua de Estrada, o a través de los valles de Tlaltenango-Teúl, Jalpa-Juchipila y Nochistlán (Manzo, 2002: mapa 5), para luego desplazarse hacia la antigua provincia de Centispac y de ahí avanzar hacia la costa y altiplanicie del norte de Nayarit y el sur Sinaloa, para luego alcanzar el río Yaqui. Otra dirección podría ser del área de Etzatlán-la Magdalena-Huitzilapa directamente hacia la costa y altiplanicie nayarita y sinaloense, muy poco exploradas arqueológicamente, para continuar hacia el río Yaqui.

La función específica de la ropa enconchada a manera de capas completamente bordadas con objetos de concha que registran las fuentes históricas presenta continuidad geográfica y temporal en la Sierra Madre Occidental, para de súbito encontrarla en las riveras del río Yaqui. La función específica de la ropa enconchada totalmente bordada o hecha con objetos de concha que se ha registrado arqueológicamente es la de las prendas que proceden del Cerro del Huistle y las de las tumbas de tiro de Huitzilapa; se trata de tapa-

calle redonda. Además, por no existir un plan de desarrollo urbano, la gente, para ganar espacio, se ha ido extendiendo sobre la calle reduciendo en algunos tramos el arroyo de esta vía. Ahora bien, pese a lo que se pudiera pensar, San Francisco de Tacuichamona no es el único pueblo en la región construido en forma circular, pues aún se puede observar esta distribución urbanística en algunas comunidades de la región, ahí está el cercano caserío conocido como Abuya, perteneciente a la vecina sindicatura de Higuera de Abuya, en donde 24 casas de construcción similar a las de San Francisco de Tacuichamona, están alrededor de la iglesia, existiendo un amplio espacio en donde únicamente ocupan un lugar la Iglesia y la escuela, el resto está baldío, lo que hace pensar que San Francisco de Tacuichamona en algún tiempo mostró una fisonomía urbanística muy similar a la de Abuya". (Rosalío Romero Guzmán, investigador del H. Ayuntamiento de Culiacán, comunicación personal, 14 de febrero del 2005).

rrabos o faldas y pequeños textiles de cuando mucho medio metro de largo; dado que, como se ha dicho en general, entre el Huistle y las tumbas de tiro hay muchas más similitudes, puede asumirse que entre ambos se produjo una relación cultural muy fuerte, nexa que de alguna manera se dispersó hacia el norte, para derivar en el ámbito local y hacia aquella dirección en el uso de capas bordadas con concha.

Queda por resolver, por una parte, si en algún momento ocurrió algún cambio en el significado del uso específico de determinadas prendas enconchadas, por ejemplo taparrabos, fajas o cinturones a capas, o bien si ese cambio no se produjo debido a que ambos usos fueron simultáneos, y en algún momento el uso de capas de tela y piel prevaleció sobre el de los taparrabos, fajas o cinturones, dependiendo, por ejemplo, de la variedad de etnias que utilizaba las prendas.

Otro problema surge cuando se observa que en Guasave hay evidencias del uso de otras prendas enconchadas con distintas funciones específicas, en las que el bordado ya no se realiza en toda la superficie de las mismas sino sólo en el borde de algunas costuras, precisamente como ocurrió en Ridge Ruin y seguramente en otros lugares del suroeste del actual territorio de Estados Unidos, pese a que en Santa Bárbara, California, también se registró el uso etnográfico de ropa completamente bordada con objetos de concha, que además podían utilizarse como medio de intercambio sirviendo como *wampums*, cuyo uso, por cierto, registró Aleš Hrdlička (1903: 405-407) en Azqueltán y entre los tepecanos, dentro del territorio considerado como Sierra del Nayar (Manzo, 1983: 222-227, 284; Olguín, 1993a).

Sin embargo, pese a los problemas que existen sobre los cambios de funciones específicas de las ropas enconchadas, en términos generales puede plantearse una primera conclusión que se desprende de lo dicho hasta ahora. Todos los pueblos prehispánicos diseminados en el territorio de Jalisco, donde se han en-

contrado tumbas de tiro, y en la altiplanicie, la costa y la sierra de los actuales estados de Nayarit, Sinaloa y Sonora compartían rasgos culturales comunes en materia del aprovechamiento que hacían de los recursos marinos, en su indumentaria y en otros aspectos que no se mencionan aquí, aunque sí en otros lugares (Manzo, 1983; Olguín, 1991a; 1993a, b; 1994), aun cuando es muy posible que entre tales pueblos existieran grandes diferencias lingüísticas, como ocurría en la época del contacto.

Averiguar la diversidad de pueblos que participaron del uso de prendas enconchadas y de otros objetos hace necesario realizar no sólo exploraciones arqueológicas sistemáticas y constantes en todo el noroeste y en el occidente de Mesoamérica, tanto en la costa pacífica como al interior de la Sierra Madre Occidental, sino estudios cuidadosos, metódicos e interdisciplinarios de gabinete para conocer de manera precisa el material de concha que apenas se menciona en los reportes de exploración arqueológica. Estas acciones conducirán a solucionar no sólo lo referente al uso de ropas enconchadas, sino a clarificar y responder las numerosas incógnitas que se enumeraron antes y que surgieron de la hipótesis de Ralph Beals que se citó y de las conclusiones, que ya se expusieron y que planteó Marie-Arétie Hers, a partir de las excavaciones que se realizaron en el Cerro del Huistle.

Una segunda conclusión es que la tradición del uso de la ropa enconchada y la de las tumbas de tiro se difundió tanto por el interior de la Sierra Madre Occidental y hacia la costa a través del territorio de la provincia de Centispac que, durante el periodo Posclásico y la época de contacto, sirvió de enlace geográfico y multiétnico entre serranos y costeros, a la vez que posibilitó la rápida comunicación entre los valles de Tlaltenango-Teúl, Jalpa-Juchipila y Nochistlán, donde valdría la pena buscar ropa enconchada y tumbas de tiro.

Una tercera conclusión es que si, en efecto, los datos arqueológicos e históricos se

refieren a una misma tradición cultural en el uso de ropa enconchada en todos los lugares mencionados y si la tradición comenzó a evidenciarse en las tumbas de tiro, el uso de las prendas bordadas con concha se convertirían en el indicador de la existencia de una cultura preclásica, agrícola y sedentaria, como la de los guachimontones, con la que hubieron de encontrarse los teotihuacanos que llegaron a fundar la cultura chalchihuites, de acuerdo con la propuesta de Marie-Areti Hers. Más aún, la ropa enconchada constituiría un indicador de una cultura local que se diversificó durante el desarrollo del Clásico en el noroeste, pese a la presencia teotihuacana, y que aun sobrevivió a la disolución de chalchihuites. Siguiendo la hipótesis de Marie-Areti Hers, aquella añeja tradición local tal vez dejó un eco de su existencia entre los teotihuacanos que regresaron al corazón de Mesoamérica, ya transformados en toltecas, quienes le atribuyeron otra función específica a la ropa enconchada: servir de ofrenda, dando así origen a piezas arqueológicas como la coraza de Tula (Velázquez, 1995a, b, 1996; Gallardo y Grimaldi, 1995). Por cierto que este último entramado formado de cuentas y pendientes de concha bien podría sumarse a los rasgos arquitectónicos, escultóricos y rituales que

Marie-Areti Hers ha encontrado como denominador común entre el Cerro del Huistle y la Mesoamérica del Posclásico.

Una cuarta conclusión es que los herederos de la cultura chalchihuites, que por una u otra razón permanecieron en el noroeste, siguieron comúnmente la tradición del uso de prendas enconchadas desarrollándola y diversificándola aún más, falta por averiguar la índole de los nexos de esos herederos con los pueblos que ocuparon el suroeste de Estados Unidos.

Falta también averiguar la forma en que la tradición del uso de taparrabos, fajas o cinturones, y de conchas de gasterópodos pintados llegaron a Casas Grandes, sitio apenas aludido aquí en dos ocasiones, pero no por eso menos importante y que requiere un espacio propio para tratarse. Lo mismo se puede decir sobre la única referencia sobre fajas similares que se usaron entre los zapotecas y que se cita en la figura número cuatro del presente estudio.

Desde la perspectiva aquí adoptada, no hay duda de que el estudio del material arqueológico de concha permitirá solucionar problemas clave para entender el desarrollo social del centro-norte, el noroeste, el occidente y el corazón de Mesoamérica durante el Clásico y el Posclásico.